

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 21 AGOSTO 1897. NÚM. 81

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos.
La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN.
Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

RECUERDO OPORTUNO

En Mayo del 90 se publicaron en *El Resumen* unas confidencias que llamaron mucho la atención. Se titulaban *Confidencias de un escarmentado de la Compañía de Jesús*, y se atribuyeron á un alto personaje de la Corte Pontificia. Es oportunísimo hoy reproducir algo de ellas:

«El problema social, que sólo es pavoroso para los que tienen posiciones ó fortunas creadas por malos medios, para los que viven de la charla y para los demás criminales, ó parásitos, está planteado y ha empezado á resolverse y se resolverá dando paso al reinado del trabajo en la esfera de la ciencia, en la región del arte y en el campo de los progresos materiales. Se acerca el juicio final, esto es, la división de la sociedad en holgazanes de un lado, y en obreros del otro, del libro, del taller artístico y de la vida real.

La humanidad está ya cansada de que la exploten el fraile, el político y el rentista que no hace nada, ni siquiera pagar contribución, ó pagar la décima parte de la debida, cometiendo un delito, y que educa á sus hijos para que sigan triunfalmente por la senda de la monita, del charlatanismo, del cobra y no pagues que somos mortales, y del llamar utopista y demagogo á todo el que intente siquiera mermar la ganga.

No te quepa duda de que se acerca la nueva clasificación social, en la que ocupará cada uno el puesto que le corresponda, no como caballero de tal orden, título con tal grandeza, ni poseedor de tantos millones, sino con arreglo á los frutos de su razón, de su sentimiento artístico y de su trabajo material.

Con el asno cargado de reliquias van á desaparecer de la sociedad tres ceros: el que no sabe nada, el que no hace nada y el que no tiene nada.

Tal es el ideal, lejano aún. A los tiempos que corren toca preparar las vías conducentes á él para que la marcha sea fácil, sin convulsiones ni catástrofes, empezando los pueblos civilizados por considerar resuelto el problema del derecho individual, y ocuparse en la resolución de las cuestiones que atañen á la vida social. El progreso humano se verifica por etapas. Al predominio de la idea religiosa, sucede el de la idea política, y al de la idea política, el de la social. La revolución política, que ha celebrado su centenario con la gran *Exposición universal* de 1889, ha dado ya los frutos posibles. Los derechos del hombre reconocidos están y garantidos por todos los gobiernos en los pueblos cultos.

Los sabios, que formando distintas escuelas han expuesto sus teorías sobre la resolución del problema social, ocupáronse poco en la organización de los trabajadores, y de esa falta se aprovecharon los jesuitas, maestros, y maestros insignes, en esa materia, para apoderarse de la

dirección, si no de todas, de una grandísima parte al menos de las fuerzas obreras, aun en los países no católicos como Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos.

—¿Son los jesuitas los que les han dado la fórmula *ó todo ó nada*?, preguntó al personaje su interlocutor.

—Los jesuitas de capa corta se introdujeron en las filas de los trabajadores con esta consigna del General de la orden:

1.º Extremar las teorías sociales hasta el último límite, seguros de que, mientras más se extrema la utopía, la verdad de mañana más difícil es, y más lejana está, por ende, su realización. Es pedir la colocación de la cúpula del edificio cuando no están siquiera echados los cimientos. El absurdo.

2.º Exclusión de las filas de los trabajadores, de los sabios y de los artistas. Nada de claridad ni de belleza. Edison, Renan, Pasteur, Flammarion, Charcot, Foerster, Stanley, Eiffel, Zola, los matemáticos, los astrónomos, los químicos, los autores dramáticos, los novelistas, los pintores, los escultores, los músicos, los arquitectos, los ingenieros, los periodistas, los maestros de escuela son burgueses. En el mundo no hay más trabajadores si no los que amasan la harina y el yeso, calafatean las naves, sierran la madera ó cavan las viñas. Esa es la gran infamia de la Compañía de Jesús, por la cual merecería la maldición de la historia, si no la hubiesen ya merecido mil veces por sus felonías de tantos siglos los cantores del asesinato de los reyes, y asesinos de Rossi, de Enrique III, de Enrique IV y del cardenal Franchi.

Mantienen al infeliz obrero en el imposible; le predicán el odio contra el que tiene algo, como se azuca al perro para que embista al jabalí; explotan su ignorancia, su hambre y sus penas, excitándolo á la revuelta, donde encuentran inermes, en vez del pan, el sable y el cartucho metálico; y por ese camino, á costa de la sangre y la desesperación de los desgraciados, no dan paz á los gobiernos democráticos y surge la reacción, á cuyo amparo hacen su agosto esos vampiros de sotana.

Hay que facilitar el camino y las reformas sociales en vez de intentar atajárselo con peñascos, que arrastraría la fuerza de la corriente civilizadora, si no les hacía saltar la sustancia explosiva; y además hay que librar al trabajador de las uñas de loyolas y de las pillerías del anarquista de mala fe, agente de ellos por tercera, cuarta ó quinta mano, y por ellos pagado. No hay que confundir á ese bribón que come, bebe y triunfa de la sotana, con el trabajador.

El obrero es ese pobre que cuando no tiene jornal pasa por debajo de tu balcón por la mañana muy temprano, con el sombrero sucio, el rostro macilento, los ojos espantados, las barbas de quince días, aterido de frío, cargado de espaldas, encogido, con las manos al calor de los sobacos por debajo de las solapas de la chaqueta remendada; que anda despacio, deteniéndose alguna vez y pateando para que se le calienten los pies, cuyos dedos asoman por los desgarrones de los zapatos, y que va, no sabe adonde, á buscar el pan que ignora si comerán aquel día su mujer y sus hijos, que llevan dos en ayunas.

Tal es el obrero, cuya miseria pone el desaliento en la razón y la compasión y el miedo en el alma de toda persona que la tiene. Los ignacios, que lo manejan en la sombra para que él mismo agrave sus dolores, sientan en público, como axioma, que son unos pícaros á los cuales no debe socorrerse, pues si andan así es porque se gastan el dinero en la taberna.

En contraposición al honradísimo trabajador, está el anarquista vendido á los loyolas.

En todas las reuniones socialistas hay un Panurgo, un carnero que hace punta: los otros siguen detrás y van á ahogarse, por las vías demagógicas, en los mares de la reacción. De tales *compañeros* Panurgos, tenéis famosos ejemplares en España. Son unos vagos, de alma atravesada, que ensartan los desatinos más atroces, sin mentar nunca la religión; que proponen huelgas, arrancan á la fuerza de los talleres á los obreros disidentes, predicán el saqueo y el incendio, y decretan, por fin, la insurrección, guardando ellos el bulto. Nunca se ha puesto al frente de los trabajadores un hombre de inteligencia superior, un sabio, un gran artista, un gran mecánico. O malas cómicas, como Luisa Michel, ó vuestra ciudadana Guillermina, ó pejes como esos *compañeros* retratados por EL MOTÍN de mano maestra y que vomitaban injurias contra los apreciables redactores de ese periódico (muy leído en el Vaticano), por su valiente campaña contra los malos clérigos.»

Son hoy de tanta oportunidad esas *Confidencias*, ó de más si cabe que cuando se escribieron siete años há. Por esto las copio, ya que entonces no lo hice.

PIDO LO MISMO

Tiene razón *El Movimiento Católico*: hay que perseguir cierto género de propaganda, esto es, la propaganda del asesinato, iniciada en el siglo XVI por el jesuita Juan de Mariana, en su libro *De rege et Regis institutione*, donde se proclama, razona y defiende la doctrina del regicidio.

Sus resultados fueron inmediatos. En el siglo XVI fueron asesinados, en Francia, Henri III por Jacques Clement y Henri IV por Ravillac.

Sucesivas predicaciones de los jesuitas, que si *El Movimiento Católico* no las recuerda ya procuraremos ayudar su memoria, no han dejado de ser eficaces hasta nuestros días con los criminales asesinatos y conatos de asesinato del Czar Alejandro en 1881, de Carnot en 1894; y contra Napoleón III en 1851, contra el emperador de Alemania en 1880 y 1884, contra Alfonso XII en 1880; contra el rey de Italia en 1879 y 1897, y finalmente con el asesinato de Cánovas del Castillo.

Hay que obrar de acuerdo con lo que pide dicho *Movimiento Católico*, tal como lo ha hecho siempre la democracia, enemiga del bandolerismo, del odio, del martirio por el hierro y por el fuego...

Cuando después de la batalla de Alcolea entró el ejército del duque de la Torre en Córdoba, creyó el bandido Pacheco que había llegado su triunfo, y entró á caballo con otros ladrones en la ciudad, y Serrano los hizo fusilar *sur-le-champ*.

Siendo poco después ministro de la Gobernación el fundador de la democracia en España, D. Nicolás María Rivero, creyeron los bandoleros secuestradores de Córdoba y de toda Andalucía alta, que la libertad del secuestro era una de las conquistas de la Revolución, y, para demostrarles lo contrario, nombró Rivero gobernador de dicha moruna ciudad á D. Julián Zugasti, y se acabaron los secuestradores, como acabarse deberían los asesinos de los reyes y de ciertos hombres de Estado, los que arrojan bombas en el teatro y en la Cámara de los Diputados francesa, y los tunantes que los inspiran.

Y ahora desearía que *El Movimiento* contestase á esta pregunta, que me ha hecho varias

veces, sobre todo desde que asesinaron á Cánovas:

¿Por qué los anarquistas no ponen bombas en los países protestantes y sí en los católicos? ¿Por qué asesinan ó procuran asesinar en Italia, en Francia, en España, y no en Inglaterra ni Alemania?

¿Será acaso porque sus directores saben que en estos dos últimos países no adelantarían nada de lo que pretenden, esto es, entronizar la reacción, que es, en suma, el resultado final de los atentados anarquistas?

Que conteste, repito, *El Movimiento*, ó cualquier jesuita de hábito largo ó corto.

Y para que no se molesten en buscar textos que confirmen lo que digo, allá van.

TEXTOS EDIFICANTES

«Pedro Barriere, soldado orleanés, célebre por su proyecto de asesinar á Enrique IV, rehusó revelar los nombres de los cómplices; pero habiendo sido condenado al enrodamiento en 25 de Agosto de 1595, declaró en su testamento que *fué ayudado y protegido por el padre Varade, rector de los jesuitas de París.*»

De los *Opúsculos teológicos* de MARTÍN BECÁN, famoso jesuita:

«Que todo súbdito puede asesinar á su príncipe cuando éste se haya apoderado del trono como usurpador; añadiendo que su aserción es tan justa, que en todas las naciones fueron honrados en extremo los que inmolaron á semejantes tiranos.

Es permitido á una nación deponer á un príncipe legítimo, siempre que se conduzca como tirano.»

«El 27 de Octubre de 1595 Juan Chatel resolvió asesinar á Enrique IV, y le hirió con un puñal en los labios, declarando luego que en su adolescencia contrajo un hábito infame que no podía dominar; y que, impulsado por los remordimientos que le agitaban, y habiendo oído sostener en el Colegio de los jesuitas que era permitido asesinar á los monarcas herejes, había expiado sus desórdenes asesinando al Bearnés.

Los jesuitas inscribieron su nombre en su martirologio á la par del de Jacobo Clemente.»

Leemos en las *Decisiones morales* de PABLO COMITOLO, jesuita italiano, lib. IV, pág. 168:

«Que es lícito matar á un injusto agresor, aun cuando fuera general, príncipe ó rey; que la inocencia es siempre más útil que la injusticia; y que un príncipe que maltrata á los ciudadanos es una bestia feroz, cruel y pernicioso que es preciso aniquilar.»

«En 1594, SANTIAGO COMMOLET, jesuita francés, eligió para texto de un sermón el pasaje del *Libro de los jueces* donde se refiere que Aod asesinó al rey de los Moabitas; y bajo este dictado, designando á Enrique IV, gritaba: «Necesario es un Aod, ora fuese monje, ora soldado, ora pastor.»

Ese jesuita trataba á Enrique IV de Nerón, de Moab, de Holofernes y de Herodes, y sostenía que la corona era dable transmitirla por derecho de elección á una familia extraña, anatematizando en pleno sermón á sus oyentes por sufrir en el trono á un falso convertido.»

«Damien, sirviente de los jesuitas, intentó asesinar á Luis XV.»

«La conspiración de la pólvora, que estalló en Inglaterra en 1605, fué tramada por los jesuitas. El padre Gerardo hizo comulgar á los conjurados, y el padre Garnet exclamó en una plegaria pública. «Dios; destruid á una nación perversa, extirpadla de la tierra de los vivos, á fin de que podamos alegremente rendir á Jesucristo las alabanzas que le son debidas.»

El Parlamento inglés debía ser volado al día de la solemne sesión, pero descubrióse á tiempo la conjura y se detuvo á los culpables.

Antes, en 1603, preguntado Garnet si era lícito, haciendo perecer á muchos culpables, envolver en su ruina á algunos inocentes, respondió ardientemente y sin vacilar: *que si el beneficio de la facción católica estribase en esto, y hubiera mayor número de culpables que de inocentes, se podía lícitamente hacerlos sucumbir á todos.* (Esto hacen hoy los anarquistas.)

Los conjurados Catesby, Greenwelle, Tesson, Garnet y Oldecorn, jesuitas, habían empleado un año en abrir una mina debajo del Parlamento; su proyecto era hacer volar á los miembros de las Cámaras de los Comunes y de los Lores al propio tiempo que á la reina y los ministros.

Garnet hizo por último confesión completa, la cual quedó en los archivos autorizada con la firma de este regicida.

Léese en una obra de los jesuitas:

«En la conspiración de la pólvora pereció el santo mártir Enrique Garnet contra el cual la herejía inventó una calumnia insigne para deshonrarle, pero fué en vano, pues sus enemigos reconocieron manifestamente su inocencia, porque una gota de su sangre (Garnet fué ahorcado), que cayó sobre una espada, representó á las mil maravillas su celeste rostro.»

Emmanuel Sá dijo:

«El tirano es ilegítimo, y entonces cualquier hombre del pueblo tiene derecho á matarle, *unusquisque de populo potest occidere.*»

«A todo hombre le es permitido matar á un tirano que lo sea en cuanto á la sustancia, *tiranus quoad substantiam*; glorioso exterminarle, *exterminare gloriosum est.*»

El jesuita JUAN GUIGNARD, ahorcado como cómplice de Jacobo Clemente, había dicho.

—«Es una acción meritoria para con Dios el matar á un rey hereje.»

«Ni Enrique III, ni Enrique IV, ni el elector de Sajonia, ni la reina Elisabeth son verdaderos reyes.»

«Y que Jacobo Clemente había hecho una acción heroica matando á Enrique III; que si fuera posible hacerle la guerra al Bearnés, se emprendiera al punto; y si no fuera posible, se le asesinara.»

«En 1694 el jesuita inglés Holte indujo á Williams y Yorck, jóvenes jesuitas, á asesinar á la reina de Inglaterra, y para alentarlos á que ejecutasen ese crimen, Holte les había dado el pan místico.

El crimen no pudo verificarse, y el jesuita fué ahorcado más tarde con Enrique Garnet.»

«Gabriel Malagrida, jesuita portugués, conspiró contra la vida de José I, rey de Portugal, durante el ministerio de Pombal, y á este fin aseguró á los conjurados que el asesino del rey no sería culpable de pecado venial, en atención á que dicho REY NO ERA BUENO PARA LOS JESUITAS.

Entregado á la Inquisición en compañía de los padres Mathos y Alejandro, fueron colgados y quemados.»

«Ultimamente en Francia se ha ejecutado una hazaña insigne y magnífica para la instrucción de los príncipes impíos. Clemente, que, asesinando al rey, se conquistó un nombre inmenso (*ingens subi nomen fecit*) ha perecido. Clemente, eterno honor de la Francia (*æternum Gallie decus*), según la opinión del mayor número, era un joven de sencillo carácter y de físico delicado, pero una fuerza superior prestaba apoyo á su brazo y á su resolución.»

MARIANA. De rege, lib. I. cap. IV.)

«Es de fe que el Papa tiene derecho á deponeer á los reyes herejes y rebeldes. No siendo rey ni príncipe legítimo un monarca depuesto por el Papa, si rehusa obedecer á éste despues de haber sido depuesto, conviértese entonces en un tirano notorio, y puede ser muerto por el primero que llegue.

Si la causa pública no puede encontrar su defensa sino en la muerte del tirano, es lícito al primero que llegue asesinarlo. (*Quilibet de populo licet illum interficere.*)»

(SUAREZ. Defensa fidei, lib. V, cap. VI.)

«Es un pensamiento saludable el inspirar á los príncipes y persuadirles á que si oprimen á sus pueblos, haciéndose insoportables por el exceso de sus vicios y la infamia de su conducta, viven con tales condiciones, no tan sólo expuestos en justicia á ser asesinados, sino que se desprende gloria y heroísmo de semejantes hechos.»

(MARIANA. De rege, lib. cap. I. VI.)

Después de leer esas máximas ¿quién se atreverá á sostener que no está en ellas el génesis del anarquismo destructor?

Mas ¿á qué ir tan lejos?

En la Enciclica de Enero de 1890, le hicieron decir los jesuitas al Papa, que los católicos no pueden ni deben obedecer las leyes injustas y contrarias á la Iglesia, y que tal desobediencia no se puede calificar de rebelión, porque la Iglesia enseña que vale más obedecer á Dios que á los hombres, cuando los hombres mandan cosas contrarias á los derechos de Dios.

Los jesuitas, además, sueñan con desenterrar y dar vida á la constitución pontificia brutal de Bonifacio VII, *Unan sanctam*, donde se dice que el Papa tiene la dirección espiritual y temporal del mando entero; que él es el juez de todos y que no puede ser juzgado por nadie, siendo el Tribunal del Santo Oficio el encargado de hacer respetar sus decisiones tocante á las almas y á los cuerpos.

AL BRAZO Y Á LA CABEZA

Il Pensiero di Fiosolé, periódico de Florencia, dijo allá por el 92, cuando los sucesos de Jerez, que los agentes de los jesuitas eran, á su entender, los que organizaban y movían á los pobres campesinos capaces de cometer todas las salvajadas propias de la ignorancia crasa y supina, pero que no sabían ni de letrear las palabras asociación y anarquía, ni combinar planes de ataque á Jerez, ni á parte ninguna, ni hacer otra cosa que morir de hambre, y ser, espolcados por ella, materia dispuesta para ir allá donde le diga el Cornelio de su decuria ó de su centuria. Y añadía, según *El Resumen*, periódico monárquico, del que lo copio:

«El jesuita vive de la ruina de la razón y del sentimiento, de la imbecilidad humana; no por su ciencia mayor, sino por su más grande picardía. Crea el escándalo, seguro de que la *santa simplicidad fanática* gritará en seguida: «Para reprimir todo eso, lo primero que hace falta es más religión, esto es, más cantidad de jesuitas.»

Así prosperan y así constituyen la más rica de las asociaciones del mundo, con agentes prácticos en el arte oratoria en los partidos liberales, en los más avanzados sobre todo, y en la demagogia, cuya única consigna es *dividir y perturbar*, ser la continua disidencia que dificulta todo buen gobierno, ó la doctrina enrevesada que hace imposible toda inteligencia y todo progreso, ó la sublevación anárquica que hace indispensable la reacción.

En aquella región andaluza de la noble España existen, como en todas las comarcas ricas en colegios y conventos, enjambres de esos bichos negros, medio araña, medio sanguijuela, que se llaman jesuitas. Allí educan para jesuitas, cortando los vuelos al genio con el latín y el desarrollo brutal de la memoria, á millares de niños, algunos de los cuales podrían ser lumbreras de la ciencia; de allí sacar ríos de oro y allí conspiran eternamente contra el adelanto de la pobre España.»

«Los jesuitas representan la última palabra del ultramontanismo. Son absolutistas en Francia, carlistas en España, miguelistas en Portugal. Ellos son la causa única de que el 65 por 100 de los españoles no sepa leer; ellos son los que han mantenido, durante más de catorce

años, dos guerras civiles derramando á torrentes la sangre de hermanos.

Han hecho los jesuitas dos guerras civiles en España, y se preparan, ilusos, para la tercera, llegando su cinismo al punto de construir, con apariencia de universidades y santuarios, fortalezas formidables en las provincias vascas, destinadas á que las guarnezcan, en su día, los batallones carlistas, y si el gobierno quisiera verificarlo antes, encontraríase con que los tales edificios pertenecen á súbditos ingleses y están bajo el amparo de la bandera de Jhon Bull.

Como los jesuitas no son españoles, ni tienen nacionalidad ninguna, están muy equivocados tocante á ese particular; desconocen, como los ingleses, el carácter español, é ignoran, que lo mismo el gobierno conservador, que el liberal, que cualquier otro, si diese la orden de ocupar esas fortificaciones y se le opusiera formal resistencia, mandaría echar por una ventana de la Universidad, ó del convento, al general de los jesuitas, ó al que lo representara liado en la bandera británica, arrojando todas las consecuencias, como lo hiciera en ocasión distinta el general Narvaez, con el aplauso unánime de la nación que se cubrió de inmarcesible gloria con la derrota de Trafalgar.»

Recuerdo esto en los momentos actuales, para que se vea que no estoy sólo al sospechar que el anarquismo obedece á la Compañía de Jesús; no los desdichados fanáticos que asesinan con puñal, revolver ó bombas, que éstos no son más que instrumentos inconscientes, aunque se crean conscientes, sino los que preparan, los que dirigen, los que impulsan.

Mientras no se dé con éstos, y se les aniquile, habrá quien se preste á cometer crímenes, ya por adquirir celebridad, ya por idea de venganza, ya porque le halague el que lo tengan por redentor.

Ampútese el brazo, pero córtese también la cabeza.

GRACIAS

Se las doy muy encarecidas á la inteligente, patriótica y anticarlista sociedad bilbaina *El Sitio*, por el acuerdo que ha tomado de adquirir para su biblioteca 50 ejemplares de cada uno de los folletos titulados *Los crímenes del carlismo*.

Y aprovecho la ocasión para rogar á sus socios (aun cuando no lo necesitan), que no se olviden ni un instante de lo que significan los edificios religiosos que rodean á Bilbao, ya que los gobiernos de la restauración han consentido que se construyan en puntos estratégicos.

El de Carmelitas, cuya base tiene un metro cincuenta centímetros de espesor, es el Monjuich de Bilbao, y domina la arteria principal de la población: la Gran Vía.

El de los jesuitas (Universidad de Deusto) situado al pie de donde estuvo la batería de Casamonte durante el sitio, cierra la ría, tiene detrás cuarteles para dos regimientos y desde sus ventanas se puede tirar con cañones y hasta con fusiles á Bilbao.

El de los Adoratrices cierra la subida á Beña por Zabaldide.

Y basta decir esto para comprender que, entregados esos edificios á los carlistas, harían muy difícil la defensa de la heroica Villa.

No olviden tampoco esto otro los bilbaínos:

Los ingleses han sido, son y serán siempre amigos y aliados de los que puedan explotar, sean carlistas, sean anarquistas; por esto, y en la previsión de que los primeros puedan mañana sitiar á Bilbao, han consentido que los edificios religiosos que lo rodean se pongan bajo su pabellón, como lo están los de Valencia y otros varios puntos, á fin de que el consul inglés reclame en el momento que el gobierno quiera ocuparlos ó registrarlos; hasta hay quien dice que el precio de todo esto está ya convenido: la entrega de las Baleares á los ingleses en cuanto D. Carlos ocupe el trono.

No se duerman, pues; apodérense de la Universidad de Deusto y de todos los conventos en cuanto suene el primer tiro en cualquier punto de España, y si les pusieren reparos ó

resistencia, hagan comprender en el acto á sus moradores que las ventanas altas sirven para algo más que para asomarse á ellas en las tardes apacibles á soñar con la toma de una Villa que se ha visto ya tres veces sitiada por los carlistas.

Previsión, resolución y energía... Esto puede ahorrar muchas víctimas.

CONFORME Á MEDIAS

En Mayo de este año publicó Pepe Navarrete, amigo queridísimo desde hace muchos años, un interesante artículo recordando el día memorable de la liberación de Bilbao en 1874, para demostrar que otra guerra carlista era imposible. Algunas de las razones que dió el ilustrado exartillero desde Niza, fueron estas:

«Eso pasó para no volver más que como efemérides tal vez, en los almanaques. Otra guerra civil es imposible.

Contaba la de 1833 con una bandera (las nueve décimas partes de los carlistas de hoy ni han oído hablar de la Ley Sálica); con los absolutistas intransigentes de Fernando VII; con la mayoría del clero; con los recursos de todo género que le proporcionaban los conventos; con una parte del ejército y con generales como Cabrera y Zumalacárregui. Sitieron dos veces á Bilbao, de cuya toma esperaban la realización en Inglaterra de un gran empréstito; invadieron casi toda España, y á pesar de tan valiosos elementos hicieron sucumbir á los facciosos María Cristina, Mendizábal y Espartero; y sin prestigio D. Carlos, divididos ellos en apostólicos y realistas, bandos que se odiaban de muerte, y perdida toda esperanza, los entregó Maroto al representante de la Libertad en los campos de Vergara.

La guerra última, sin la debilidad (no quiero poner otro calificativo) de aquel Gobierno, habría sido una intentona más, como la que hizo abortar el general Prim fusilando á todos sus iniciadores, y como la que concluyó en sánete, picando de soleta Montemolín en una taratana.

En los comienzos de la última guerra desembarcaban los fusiles en las costas bermeanas con la misma dulce paz que las sardinas y las merluzas, fusiles que transportaban los carlistas por Zornoza, sin que nadie les dijera por ahí te pudras; la recluta forzosa, entendiéndose bien, forzosa, se hacía en los pueblos, y los quintos se instruían en Galdácano como habría podido realizarlo el ejército de la Nación; y quizá quizá Bilbao, casi exhausta de víveres y en absoluto de municiones, habría caído en manos de sus verdugos, «sin el arraigo de la idea liberal y la entereza de corazón de aquella Junta de Armamento y Defensa y de aquel heroico Batallón de Auxiliares, á cuyos individuos, así como á todos los que componen la Sociedad *El Sitio*, envió con toda mi alma, en este glorioso aniversario, desde la ciudad de las flores, y ya que no pueda ofrecerles, como desearía, coronas de laurel, claveles y violetas, un apretón de manos, un estrechísimo abrazo.»

«No volvemos más—me decía poco ha en la terraza del Club Náutico un exoficial carlista, que lleva, por cierto, aristocrático nombre.—¿Cómo hemos de volver, si en 1873, con el papel á 15, la guerra en Cuba, los cantonales en Cartagena, el Ejército indisciplinado, buques de la escuadra en poder de los ingleses en rehenes hasta obtener la libertad del capitán y del barco de aquella nación, que con carga de 2.000 fusiles para nosotros, fué apresado por un distinguido marino hijo de Bilbao! ¿Cómo hemos de volver, si con todas esas colosales ventajas y teniendo armados y organizados muchos miles de hombres, á vuelta de algunos triunfos parciales, no logramos nunca nada ni medio decisivo!

Los carlistas hacen hoy política de votos, sin pensar en ponerse las botas de montar para ir

á campaña; y—¡cosa que hubiera parecido pecado mortal á los carlistas de antaño!—se alían con todos los matices del liberalismo, para pelear... en las urnas, despuntar el vicio del *charlamentarismo*, achaque de todos los españoles, y *faire leurs affaires*, que dicen por acá.

Hay en *El tanto por ciento* de Ayala unos versos que concluyen:

el dinero es muy cobarde,

y no hay axioma que sea más indudable.

Los carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa, núcleo principalísimo del partido en España, obligacionistas y accionistas los más caracterizados de los ferrocarriles de Durango, Zumárraga y Elgoibar; de Portugalete, Guernica y Pederñales; de Las Arenas, Plencia y Munguía; de las nuevas fábricas y grandes industrias y talleres creados después de 1874; propietarios, además, de multitud de casas en el casco viejo de la villa y sobre todo en el Ensanche, no conciben siquiera que de las montañas de Bilbao pueda caer sobre la población más hierro sino la vena ó campanill que, trocado por el comercio en oro, ha hecho de la patria de Trueba y de Iparraguirre (comparada, entiéndase bien, con las del mismo número de habitantes y aun algunas de muchos más), por su riqueza, su industria, sus edificios, sus paseos, sus alrededores y las márgenes de su ría, la primera población del mundo, á la cual falta sólo dejar más franco el paso á las cristalinas corrientes de la ciencia y á las auras purísimas del arte moderno, empezando por convertir, con su magnífica biblioteca, en *Ateneo*, la *Sociedad Bilbaina*.

D. Carlos ha dado la regla en un aforismo indudable: «se puede ser católico sin ser carlista; no se puede ser carlista sin ser católico»; y no es católico quien no presta incondicional acatamiento á las decisiones del Vicario de Jesucristo, sucesor de San Pedro en el gobierno de la Iglesia Católica, de la cual es cabeza visibles.

Sentadas esas verdades, como Su Santidad León XIII á los buenos católicos ha recomendado y ordenado repetidas veces la más leal adhesión á su ahijado el rey D. Alfonso y á su Augusta Madre que reina en nombre del rey constitucional, claro es que deja de ser católico el carlista que tome las armas en defensa del absolutismo que hoy encarna el heredero de Montemolín.

Por eso, en prueba de sumisión al Pontífice Romano, han tenido estos últimos años representación en las recepciones oficiales del Palacio de la plaza de Oriente los jesuitas y las Ordenes religiosas, los cuales, después de ofrecer sus humildes respetos á S. S. MM. y AA., saludarían á los ministros, especialmente á los de la Guerra, y, ¡quien lo duda!, les hablarían así:

—Diríase que, secundando la Providencia los deseos del Papa, iluminó á los escogedores de los sitios donde se alzan y á los arquitectos que construyen la Universidad de Deusto y los conventos bilbaínos, que han resultado verdaderas fortalezas situadas en puntos estratégicos desde las cuales podríase convertir á la villa en escombros en pocos días con proyectiles cargados de dinamita, cerrar la ría é impedir que nadie saliera de la población, ni por Albia, ni por Zabaldide, ni por parte ninguna. Nosotros, Sr. ministro,—añadirían,—venimos á ofrecer al Gobierno de S. M. esas casas de oración y enseñanza, providencialmente fortalezas, para que al primer soplo de carlismo las ocupen las tropas, si ya no hubiera pensado en ello (que sí habrá pensado) la sección de campaña del palacio de Buenavista.»

Como también habré pensado—añadimos nosotros—en la manera segura, sin que ningún caso adverso pueda impedirlo, de abastecer de víveres y de municiones los fuertes de Serantes y de San Pablo.»

Al llegar aquí Navarrete, decía que ni D. Carlos quiere la guerra, porque va para viejo, está obeso y

sólo desearía que lo dejaran vivir dichoso con su familia, etc., etc., y después añadía:

«Sólo desean otra guerra los aventureros, que abundan en todas las insurrecciones, entre los que descuellan aquellos miserables capaces de los mayores crímenes, que nos dejaron como recuerdos horribles nombres de bandidos y de lugares de que no quiero acordarme; los que sueñan con el mando de una partida, cuyos individuos con hambre, descalzos, harapientos, y cada uno con una población sobre sí, como diría Narciso Serra, recorren montes, riscos y breñales, sin esperanza de recibir más que un balazo, mientras que el cabecilla saca y se guarda miles y miles de pesetas de los municipios.

Tocante á los más ó menos voluntarios, y á los que fueron jefes y oficiales de las fuerzas organizadas, dudo que piensen volver á las filas facciosas; pues como me decía en Lyon un coronel que fué ayudante de Dorregaray, no recibió la oficialidad ni una paga, ni media, ni dos cuartos nunca, jamás, soportando, sin más blanca que la cuñada de D. Carlos, los que carecían de recursos propios, tantas penalidades, tantas miserias, y, personas, dignas y bien educadas en gran parte, tanto bochorno de tener que vivir á la fuerza sobre comarcas en ruina, para concluir la campaña vendidos los batallones como manadas de corderos.

Esas comarcas, aun las más ricas entonces de Vizcaya, las que, con ingresos pingües, no tenían que pagar más que al dómene, al médico y al tamborilero, quedaron de tal manera esquiladas, que ni oír hablar quieren sus habitantes, aquellos honrados aldeanos, de dar su pan y sus hijos para, como ellos dicen, otra carlistada.»

Me sonreí al llegar aquí. Pepe Navarrete, por haber estado tantos años en el extranjero, se equivocaba al juzgar de la situación de nuestra patria. No ocurría lo que él aseguraba, sino lo que vengo asegurando yo desde hace tantos años.

En el final del artículo ya estuvo más dentro de la realidad:

«Demostrado, á excelente luz, lo imposible de otra guerra civil, presumo que los partidos defensores de la Monarquía constitucional están decididos á reprimir con gran energía cualquier intentona, y harán perfectísimamente.

Como en la conferencia que pronuncié tres años há en la Sociedad *El Sitio* intenté probar que, contra los que inician con las bocas de los fusiles las guerras intestinas no hay ley, ni derecho, ni humanidad, ni columna contra partida, sino la ocupación militar, inmediateísima de la comarca y el exterminio; no ya el *¡væ victis!* de Breno, sino la conducta de Hoche en la Vendée, conducta de resultado tan infalible, que la generación presente no tiene ni noción de que allí existieran *chuanes* absolutistas á fines del pasado siglo.

El terror en los comienzos de las guerras civiles las hace abortar y economiza mucho dinero, muchas lágrimas, mucha sangre.»

Hágase lo que en ese párrafo se dice, y poco importará entonces que ese imbécil, cobarde é inmoral por quien los carlistas se preparan á verter más sangre española, amenace con la guerra, como acaba de hacerlo estos días.

Mas para que España tenga alguna garantía de que esto pueda suceder, es preciso, ya que ha muerto Cánovas, que no influyan en la política conservadora hombres cuyas concomitancias con los jesuitas sean públicas y notorias y que han hecho ya dar la voz de alerta á casi toda la prensa alemana, que suele estar más enterada que la española de todo lo que se fragua y se desea.

Ojo, pues, liberales de todos matices.

MERECEN LEERSE

Hemos recibido ocho folletos de los que Nakens publica relatando los crímenes del carlismo.

Lo que quizá por patriotismo, por pudor nacional mal entendido, no publica la historia en toda la horrible desnudez y con toda la espantable verdad, lo hacen esos folletos que vienen hoy á prestar un servicio muy digno de

agradecer por todos los españoles amantes de la libertad.

Suspende el ánimo y se enciende en ira el corazón al pasar la vista por aquellas líneas que parecen escritas mojando la pluma en la sangre de tantos infelices mártires.

Si el carlismo tuviese algún arraigo en el pueblo español, bastaría para arrancarlo de cuajo el conocimiento de aquellos horrendos asesinatos cometidos por gentes que se llaman defensoras del altar y el trono.

Si la nación española pudiera pensar en caer algún día en el abismo de ese gobierno y de ese reinado, vendría el horror de las madres á arrancarle de él.

Si la religión no tuviera otros defensores ni otros procedimientos que los que en su nombre cometieron todo linaje de crímenes, bastarían ellos para arrancar la fe del alma de todos sus creyentes.

No; el carlismo no puede ser el ejército de Dios, ni de la patria, ni de las instituciones.

Aquellas hordas, aquellas masas de bestias inspiradas por el odio, empujadas por las pasiones más bajas, sacudidas por la fiebre de la maldad, no pueden ser la esperanza de un pueblo culto, ni encender la fe en los corazones, ni merecer la consideración de partido político.

La protesta contra el carlismo debe empezar en la cuna de todo hijo de liberal, debe llevarse al espíritu de las leyes como salvaguardia de la civilización, debe mantenerse constante y enérgica en el corazón de un pueblo que aspira á realizar sus destinos y que sólo puede ver en el carlismo el dique que se levanta en su camino.

A aplastarlo deben concurrir todos los esfuerzos, y desde la persona que ocupa la cima más elevada en nuestra sociedad hasta el más miserable de los españoles deben, sin respeto ni consideración alguna, darle en la cabeza.

No vamos á ensalzar por mera adulación la obra dada á luz por el Sr. Nakens; por sí sola se recomienda á todos cuantos sientan en su alma los anhelos del bien, á todos cuantos nacieron honrados y nobles.

Esos libritos vienen á fortificarnos en la defensa de la libertad; vienen á grabar de manera indeleble en nuestro espíritu la protesta viva contra ese monstruoso reptil que se llama carlismo, y á dar alientos á nuestro corazón para aplastarlo.

Grande, muy grande servicio presta Nakens con la publicación de dichos folletos á la libertad y á la civilización, refrescando la memoria de todos los hombres libres para que se horroricen de los hechos del carlismo y no permitan que nos traiga otra vez días de degradación y de vergüenza, ni manchen por más tiempo el nombre de españoles que en mal hora llevan.

La Región Asturiana (Gijón).

¿SO, Ó ARRE?

Son muchos los contrasentidos que, así en lo moral como en lo material, en lo civil como en lo militar, en lo político como en lo religioso, presenciamos á diario.

El lema homeopático *similia similibus curantur* (vulgo *un clavo saca otro clavo*), se ha generalizado con tan desproporcionada extensión, que hace dudar del equilibrio de las facultades en los hombres más instruídos.

Desde hace muchos años llamó mi atención el desconsolador espectáculo que daba un padre azotando á su tierno hijo, que aún estaba en mantillas.

Compadecido de la criaturita, le interrogué: —¿Por qué castiga usted así á ese inocente niño?

—Porque no quiere callar. ¿No vé usted cómo llora?—contestó malhumorado.

—Lo que no veo es la *tostada*,—repliqué.

En varias ocasiones he presenciado cómo testarudo arriero descargaba fuertes garrotazos sobre escuálido jumento, á la vez que, encolerizado, á los palos acompañaba palabrotas mal

sonantes, precedidas de un estrepitoso resonante *¡so!*

Compadecido también del jumentillo, pregunté al arriero:

—¿Para qué castiga usted de ese modo al pobre animal? Mejor que esa sarta de palos le vendría un piensecito de cobada.

—Para que se pare,—contestó el desalmado arriero.—¿No ve usted que estoy voceando *¡so!* y no cesa de andar?

—Lo que no veo es la punta de su razonamiento. Si está usted arreándole, ¿cómo quiere usted que se pare? Y después que, harto de carga y *leña*, se estanque el burro, ¿cómo se arreglará usted para que vuelva á andar?

—¡Pues á fuerza de palos también!,—contestó muy ufano el mastuerzo.

Así sucede, por desgracia, en graves asuntos de carácter social, donde el pueblo trabajador y contribuyente desempeña el papel de jumento, y hombres *ilustrados* ó *ilustres*, que pasan por eminencias en el saber y en el gobernar, imitan al encolerizado padre y copian el proceder del bárbaro arriero.

Y lo peor es que ni el despiadado padre ni el tiránico arriero se convencen ni se enmiendan, á pesar de que nada razonable pueden oponer á las sencillas y naturales objeciones que se les hace. Persisten aferrados en su anómala conducta, sin ocurrirles otra contestación que la representada en las siguientes despóticas palabras:

—Para eso es mi hijo, y en él nadie manda más que yo,—dice el padre.

—Mío es el burro, y de él puedo hacer lo que me dé la gana,—arguye el arriero.

Sin tener en cuenta que el hijo así educado, concluirá por pegar á su padre; y el asno tan maltratado, acabará por tirar la carga y dar coces contra su amo.

Si el pueblo es niño llorón,
ó si es de carga jumento,
ya sabeis la aplicación
de este verídico cuento.

G. R.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

Folleto 9.º

EL CARLISMO POR DENTRO.—HORRORES QUE DECÍA DON CARLOS DE LOS SUYOS.—HORRORES QUE LOS SUYOS DECÍA DE ÉL.—D. CARLOS MALDICIENTE, CHISMOSO É INTRIGANTE.—LOS JEFES UNOS CONTRA OTROS.—DESCOMPOSICIÓN Y PODREDUMBRE.

Folleto 10.

EL CARLISMO CONTRA EL CLERO.—QUEJAS DE ÉSTE.—D. CARLOS CONTRA LOS FUEROS.—PINTURA DEL PRETENDIENTE POR VARIOS JEFES.—ODIO Á CABRERA Y PROPÓSITO DE CORTARLE LA CABEZA.—INFAME CONDUCTA DE D. CARLOS CON SU HIJA DOÑA ELVIRA.—LO QUE HACE HOY EN VENECIA.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

CIENCIA Y RELIGIÓN
POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.